

## Una historia heredada

—De mi padre no quiero hablar —oí decir a mi abuela.

No me animé a preguntarle por qué. Un silencio incómodo se instaló entre las dos, solo interrumpido por el crepitar de la leña en la estufa.

Con el tiempo fui descubriendo retazos de esa larga historia destinada a quedar escondida. Primero encontré a Yila, de rostro serio y característico rodete que no dejaba lucir el pelo lacio. Aún joven, divorciada y con cuatro hijos, dueña del campo que habitaba sobre el Río Cebollatí. La tez tostada por muchos soles y las manos ásperas delataban su incansable labor.

De su casa, cercana al río, vigilaba con mirada atenta desde el monte hasta los cultivos, la huerta y los animales. El carácter dominante la convirtió en el pilar de la familia, que creció confiada y segura bajo su amparo.

Severina, la hija mayor, reflejaba sus ojos, no así la manera de ser. No sabía escribir su nombre. Sí se empeñó en que sus seis hijos, que marchaban a la escuela con túnica y moña impecables, conocieran ese mundo aún oculto para ella.

Una madre amorosa, que pronto perdonaba las travesuras del más pequeño. Su casa, de ladrillo sin revocar y pisos relucientes, la cocina que abría su puerta a la quinta siempre colorida, el aljibe al centro del jardín deslumbrante con las hortensias azules en el verano.

Contrastaba con Sabas, su esposo. Hombre duro, riguroso, que no ocultaba su perfil autoritario al regresar cuando la mesa ya estaba lista para la cena. Trabajaba en el campo de su suegra Yila, para quien guardaba una negativa constante por tener que estar bajo sus órdenes. Él era de quien mi abuela no quería hablar.

Nadie estaba preparado en la familia para el día en que la Abuela Yila faltara. Solo quedó el vacío de la casa de la abuela y el silencio. Severina sintió que su vida se quebraba. Una profunda depresión la ganó en cuerpo y alma. Presa en el dolor del duelo y de la enfermedad que persistía, sufrió el cruel abandono del esposo que, tras el engaño, la despojó de sus dos hijos mayores y de la herencia.

Incapaz de afrontar esta nueva realidad, aceptó el ofrecimiento de familias conocidas para recibir a los cuatro hijos menores.

—A mi me tocó irme con mi amiga Tesoro y su mamá —me dijo mi abuela, casi como si fuera un secreto.

Quizás, ahora mis quince años recién cumplidos la animaron a confiarme sus recuerdos.

—¿Te acordás de ella y de la casa en Aguas Dulces donde íbamos a veranear?

—Sí, no del todo. —contesté. —Abuela, ¿y cuándo volviste a ver a tu mamá? —me animé a preguntar.

—Bueno, después de unos largos cinco años, nos juntamos con tu tía Juanita y Yolanda, las tres ya trabajando y la trajimos a vivir con nosotras a Montevideo.

—contestó

Este último tiempo me ha traído más detalles de esa historia que siento cada vez más como parte de mí.

Si bien la abuela Seve, como le llama mi mamá, mi bisabuela, nunca se logró recuperar del todo, vivió de ahí en más para su familia. Nunca más volvió a nombrar a su esposo. Solía ir de casa en casa, visitando a hijos y nietos. Cuidó de mi mamá y sus hermanos Paola y Gino, con mucho amor y ternura siempre que su

hija, mi abuela Gladis, se lo pedía. No podía ocultar que Paola era la favorita, privilegio por ser la hermana del medio.

—La abuela era chiquita y tierna —me contó entre risas. —Delicada y sencilla en la forma de vestir —agregó. —También muy coqueta. Siempre maquillada, disimulando las manchas en su piel, no olvidaba el labial rojo ni el color vino en sus uñas inmaculadas.

En el verano, fiel a los baños en el mar, convencida de que el agua salada traería alivio a sus piernas surcadas de várices. Cuando ya no tuvo fuerzas para caminar hacia la orilla, se hacía masajes con el agua que sus nietos le acercaban a su lugar bajo la sombra de las acacias moldeadas por el viento.

Nadie olvida el olor ni el sabor exquisito de su cocina, don que heredaron mi abuela y sus hermanas. Pretendía, sin conseguirlo, zafar del riguroso cuidado de la hija con la que vivía, comiendo a escondidas chocolates y bizcochos, totalmente prohibidos para ella.

Con ochenta y seis años, lúcida casi hasta el final, fue víctima del mismo cáncer de mama silencioso que sufrieron su propia madre y abuela. Nuestra abuela Seve falleció una tarde en su casa rodeada de su familia, dejando seis hijos y veinticinco nietos.

Sin dudas este camino recorrido por mujeres marcó por siempre la historia de mi familia. Hoy estoy orgullosa de poder poner en palabras lo que mi abuela Gladis fue capaz, al fin, de contar.